

que el Salvador, respondiendo directamente á la pregunta de los Apóstoles, haya tenido en mira con la descripción de la ruina de Jerusalem pintar al mismo tiempo, y poner delante de sus ojos, y de los de todos los fieles venideros, la destruccion del mundo y el juicio universal; que por esto justamente emplea ciertas expresiones, cuya energía necesariamente nos recuerda la idea de aquel último día, y que por esto tambien, despues de haber fijado la época de la ruina de Jerusalem, continúa con el mismo tono á hablar del último juicio en el fin de este capítulo y en todo el capítulo siguiente de san Mateo. Finalmente, conviene observar que el Salvador, hablando del último juicio, en nada distingue la ruina entera del mundo de la muerte de cada uno de nosotros en particular; porque de hecho, por mas que pueda estar léjos de nosotros el juicio extremo, la muerte nos constituye invariablemente en el estado en que nos hallaremos en aquel gran día, y porque el día de nuestra muerte es para nosotros el último día del mundo. Con este espíritu meditarémos las importantes instrucciones que Jesucristo nos da dos dias antes de su muerte.

Petición y coloquio.

Haced, ó divino Maestro mio, que yo las imprima profundamente en mi corazon, como las palabras últimas que Vos nos enderezais antes de dejarnos; comprenden ellas las dos épocas mas importantes del universo: la época de vuestra primera venida y del doloroso establecimiento del Cristianismo sobre la tierra, y la época de vuestra última venida y del triunfo glorioso y eterno del Cristianismo en el cielo. Seria yo, pues, un ciego, ó Dios mio, si en esta prediccion que leo, y en los sucesos que veo; si en la sabiduría, en la bondad, en la grandeza y en la magnificencia que aquí por todas partes resplandecen, no reconociese las operaciones sensibles de vuestra divinidad. Preservadme de una tal ceguedad, ó Señor, y haced que me aproveche de estas importantes verdades... Amen.

MEDITACION CCLX.

CONTINUACION DE LA PROFECÍA DE JESUCRISTO SOBRE LA RUINA DE JERUSALEN, Y SOBRE EL ÚLTIMO JUICIO.

(Matth. xxiv. 5-8; Marc. xiii. 5-8; Luc. xxi. 9-11).

DE LOS PRIMEROS MALES QUE DEBEN LLEGAR.

1.º Los falsos Cristos; 2.º la guerra; 3.º la alteracion de la naturaleza.

PUNTO I.

Los falsos Cristos.

«Tened cuidado que no os engañe alguno...» Nuestro primer cuidado en todos los tiempos debe ser conservar la fe, porque sin la fe lo demás es inútil... Entre todas las disputas que se levanten, en todas las cuestiones que se nos opongan, léjos de dejarnos llevar del amor de la novedad ó de un espíritu de vana curiosidad, traigamos á la memoria estas palabras del Salvador... «Tened cuidado que no os engañe alguno...» Abandonemos todo lo restante para estar atentos á este punto; esta es la única cosa que nos debe ocupar. Hé aquí tres motivos:

1.º *La multitud de los engañadores...* «Porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo...» Así hablaban los engañadores antes de la ruina de Jerusalem, tiempo señalado para la venida del Mesías; así tambien hablarán hácia la fin del mundo, cuando se estará en expectacion de la última venida de Jesucristo. En el intervalo de estas dos venidas la multitud de los engañadores se manifiesta diversamente, y conformándose con la presente situacion, van diciendo: nosotros somos la Iglesia; la Iglesia reformada y en su pureza; la Iglesia en su libertad é independiente; la Iglesia de la verdad y perseguida. Fuera de estos engañadores que corrompen nuestra fe, otros la destruyen totalmente; tratan la Religion de supersticion y de fanatismo, y gritan á los hombres para que escuchen solo á su propia razon. Entre tantos engañadores no podemos estar jamás bastante cautelados; es necesario estar siempre en vela y orar. Debemos cerrar nuestras orejas á este lenguaje engañoso; y léjos de entrar en alguna cuestion ó disputa, armarnos mutuamente con estas palabras: «Tened cuidado para que no nos engañe alguno...»

2.º *La multitud de los artificios que emplean...* «Porque muchos

«vendrán bajo de mi nombre, diciendo: yo soy (*el Cristo*), y el tiempo está cercano...» Estas últimas palabras... *El tiempo está cercano*, no son de Jesucristo, sino antes bien de los engañadores. Harán estos correr y valer á su favor, y se aplicarán á sí mismos las profecías que señalan el tiempo de la venida del Mesías... Todo se lo aplican los engañadores para engañar mas seguramente. La Escritura santa, los Padres de la Iglesia, los Concilios, la historia, todo lo quieren á su favor, todo lo corrompen. No hay medios de que no se sirvan para insinuar su error. Lenguaje de reforma, de severidad, de caridad, de piedad, libros de devoción, libros elocuentes, contenciosos é impostores, ficciones, mentiras, equívocos, sutilezas, moles, sátiras, insultos, calumnias y asaltos de toda especie; ¡ah! cómo evitar todas estas asechanzas y otras mil semejantes, si no tenemos siempre presentes al espíritu estas palabras del Salvador: «Tened cuidado que no os engañe alguno!»

3.º *La multitud de los que estos engañan...* «Y engañarán á muchos...» Esta multitud es un nuevo motivo de temor para nosotros, y que puede inquietar nuestra fe; pero reflexionemos que esta multitud ha sido predicha, y que la predicción le quita el escándalo; que esta multitud de hombres engañados no puede prescribir contra la verdad, contra las leyes de Jesucristo, ni puede oscurecer la visibilidad y la infalibilidad de su Iglesia, y que esta multitud es un efecto del justo juicio de Dios que castiga la indocilidad y la desatención de los hombres. Los judíos no han reconocido á Jesucristo, y han dado fe á los impostores. Los herejes han despreciado la autoridad del cuerpo episcopal, y se han sujetado á los simples ministros, á los mismos legos: han insultado el primado del Sucesor de Pedro, y se han sujetado en el orden de la fe á un rey, á una reina, á los magistrados. Los impíos han desechado los misterios autorizados con la revelación, y han adoptado las quimeras, el absurdo y las extravagancias de una falsa filosofía. Gimamos á la vista de tantos hombres engañados; pero no nos escandalice esto, no los imitemos: estemos solamente mas circunspectos, para no ser también nosotros engañados. Esta multitud, para los que se han dejado engañar, es la mas funesta desgracia; porque los confirma y retiene en ella, pero no los justifica. ¿No ha probado por ventura bastante Jesucristo la divinidad de su misión? ¿No ha dado él á su Iglesia caracteres poderosos para hacerla reconocer? ¿No ha quitado la máscara á todos los engañadores, y no nos dice aquí: «No vayáis detrás de ellos?...» Si después de esto los seguimos, ¿no será nuestra la

culpa? Si en vez de guardarnos del engaño nos exponemos, lo buscamos y lo queremos; si tenemos gusto solo por la mentira, por la sátira, por la calumnia; si devoramos con ansia todo libro, todo escrito que ataca la Religión, la Iglesia y sus ministros; si desechamos obstinadamente todo lo que puede abrirnos los ojos y desengañarnos; si después de esto quedamos engañados y pervertidos, ¿no será nuestra la culpa? Si sofocamos todos los remordimientos de nuestra conciencia; si desechamos todas las luces que nos hacen ver nuestro error; si disimulamos los hechos mas palpables, el origen de nuestra separación y de nuestra división, el prestigio de los milagros que se nos han presentado, la falsedad de las profecías que se han aventurado, las imposturas y las calumnias de las acusaciones que se han publicado; si mil veces engañados hemos estado obligados á confesar con rubor que hemos sido burlados; si no obstante todo esto estamos aun unidos á nuestros engañadores, ¿no será acaso nuestra la culpa? ¡Ah! no es solo el espíritu el que está engañado; es el corazón el que lo está, porque quiere. Vivamos circunspectos contra el engaño, según el precepto de Jesucristo, y no seremos jamás engañados.

PUNTO II.

La guerra.

«Cuando después oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras... tened cuidado de no turbaros... No temáis, no os aturdaís, porque es necesario que esto suceda; mas no será aun el fin... Entonces, les decía, se sublevará pueblo contra pueblo, y reino contra reino...» El segundo pensamiento que debemos tener es de conservar la tranquilidad del alma.

1.º *En medio de las agitaciones públicas de los Estados...* La providencia de Dios lo regula todo, y hace que todo sirva á su gloria. Los príncipes que hacen la guerra tienen sus designios, y Dios tiene los suyos, á cuya ejecución concurren los de los príncipes. Dios con el mismo azote castiga los pecadores, y prueba y recompensa los justos. En estos tiempos, alma fiel, está en paz: cumple las obligaciones de tu estado sin turbarte ni espantarte; espera como de la mano de Dios todo lo que puede acaecerte; sufre, compadécete, ora; y está segura que la obra de Dios irá adelante, y que sus designios se cumplirán en favor tuyo y en favor de su Iglesia... «No os atemoriceis...»

2.º *En medio de las turbulencias y de las disensiones domésticas*

de las familias... Cuando la diversidad de caracteres; la antipatía ó el interés turban la paz de una familia ó de una comunidad, ó dividen los hermanos, los parientes, los vecinos y los amigos, hagamos cuanto esté de nuestra parte para restablecer la paz, para mantener el buen orden, y conservar la caridad. Y despues de esto, lo restante en nada turbe la tranquilidad de nuestra alma, ni nos impida el obrar nuestra santificacion. ¿Quién hay ó ha habido jamás que goce una tranquilidad perfecta en lo exterior, y que no tenga ó haya tenido mucho que sufrir y que penar? Pero estas turbulencias externas, que muchos alegan como un pretexto de su negligencia en santificarse, son antes bien medios propios que contribuyen á nuestra santificacion: no esperemos para esto circunstancias mas favorables. Aprovechémonos de las que ocurren. Los Santos se han santificado en circunstancias semejantes y aun mas difíciles, y de nosotros solos depende santificarnos como ellos. Dejar el pensamiento de nuestra salvacion y de nuestra perfeccion para un tiempo en que no experimentemos alguna contradiccion es un renunciar de ella para siempre... «Tened cuidado de no turbaros...»

3.º *En medio de las sediciones internas del corazon...* El corazon del hombre es una especie de estado difícil de gobernarse, y agitado de continuas rebeliones. Mil pasiones, cuyos intereses son opuestos, excitan en él turbulencias que, apenas sosegadas por una parte, vuelven á renacer por otra. La ambicion, la cólera, la sensualidad, el orgullo, la pereza, la alegría, la tristeza, las tentaciones de la carne, los fantasmas de la imaginacion, la memoria de lo pasado, los remordimientos, los escrúpulos, los atractivos del pecado y la dificultad de la virtud, todo esto es capaz de llevarnos á la desesperacion, si en medio de estas intestinas sediciones no ponemos toda nuestra confianza en el Señor. Para esto imploremos su socorro, no tengamos algun temor: la cosa debe ser así; este es el efecto del pecado de nuestro primer padre y de la miseria de nuestro nacimiento; pero la gracia de Jesucristo nos basta para hacernos triunfar de todo ¹. Los combates que habrémos de sostener servirán á su gloria, acrecentarán nuestro mérito á sus ojos y nuestra recompensa en el cielo. Los Santos no han tenido menos combates que sostener, y con la gracia de Jesucristo han vencido; con esta misma gracia vencerémos nosotros como ellos... «No temais...»

II Cor. XII, 9.

PUNTO III.

De la alteracion de la naturaleza.

«Y habrá pestilencias, y hambres, y terremotos por los lugares, «y cosas espantosas en el cielo, y prodigios grandes... Pero todas «estas cosas son el principio de los dolores...» El tercer empeño que debemos tomar es de despegar nuestro corazon de este mundo.

1.º *Porque la morada en él es desagradable...* Todo lo que el Salvador anuncia aquí sucedió antes de la ruina de Jerusalem, y sucederá antes de la ruina del mundo. Pero todo esto es solo el principio y como el preludio de los extremos males. Quiero decir, que todo esto, exceptuados acaso los prodigios del cielo, se deja sentir continuamente en el mundo, y jamás dejará de sentirse y padecerse en él hasta la fin. ¿Qué morada, pues, es esta en que nosotros estamos? Una tierra poco sólida debajo de nuestros piés, siempre en peligro de echar abajo sobre nosotros nuestras propias habitaciones, y de abrir su seno para tragarnos. Un mar que no nos ofrece un pasaje, sino para burlar nuestras esperanzas, para tragarse nuestras fortunas, y sepultarnos á nosotros mismos en sus golfos. Un aire agravado con funestas exhalaciones y con venenos sutiles, en el que en vez de la vida no respiramos sino diferentes especies de muertes. Un cielo que parece siempre irritado contra nosotros, que ahora nos niega sus influencias, y ahora nos inunda con sus aguas; ahora abrasa nuestras estériles campiñas, y ahora hiela nuestras mieses, y las desmenuza debajo de sus golpes; que muchas veces se arma de rayos, hace relampaguear sus amenazantes fuegos, esparce terror con el estrépito de sus truenos, hasta que ha escogido su víctima, y la estrella contra el suelo. Se endulzaria el rigor de esta desgraciada morada si trabajasen á lo menos los habitantes en ayudarse con mútuos socorros; pero ellos son, por el contrario, los que mas que todo lo restante contribuyen á hacerla una mansion de horror. Impiedad, olvido de Dios, enormes delitos, guerras, quejas, odios, celos, calumnias, injusticias, estragos, homicidios, incendios, fraudes, perfidias, traiciones, esto es lo que se halla entre los hombres. ¡Oh tierra maldita de Dios, valle de lágrimas! ¿Cómo pueden nuestros corazones amar una habitacion tan funesta? Vivamos, pues, solo en ella para obedecer á las órdenes de Dios, para padecer, para llorar nuestros pecados, para hacer de ellos penitencia, suspirando sin cesar hácia la patria del cielo, habitacion de paz, de santidad y de de-

licias, prometida á aquellos que habrán despreciado la tierra, y dirigido todos sus pensamientos hácia el cielo.

2.º *Porque en esta morada la vida es inquieta...* ¿Cómo, pues, vivir sin espanto entre tantos desastres, miserias y peligros que de todas partes nos amenazan? No hay sino un corazón sólidamente establecido en Dios, y despegado de todo, que pueda estar tranquilo. Pero la vida del común de los hombres ¿qué cosa es sobre la tierra, sino miseria, dolor y temor continuo? Cada uno teme por sí y por los suyos, cada uno teme por su fortuna, por su crédito, por su autoridad y por su reputación; todos temen la afrenta, el desprecio, la infamia, la pobreza, el dolor, la enfermedad y la muerte. Temor tanto mas vivo, cuanto mas interesantes son los objetos, tanto mas continuo, cuanto mas frecuentes son los ejemplos. Sustancias disipadas, ricos reducidos á mendigar, personas poderosas abatidas, personajes favorecidos desgraciados, delitos descubiertos, enfermedades contagiosas, muertes repentinas y anticipadas, familias cubiertas de oprobio, esto es lo que cada día se oye; esto es de lo que con terror se discurre, esto es lo que con razón cada uno teme por sí cada momento. ¿Qué vida, pues, es esta? ¿Quién puede amarla? ¿Quién puede aficionarse á ella? ¡Ah! ¿por qué no levantar nuestros corazones hácia aquella vida tranquila que se nos ofrece, y donde nada tendríamos que temer ni que desear?

3.º *Porque aquí la muerte es cierta...* Aun cuando el mundo fuese la habitación mas agradable y la mas deliciosa; aun cuando debiéramos pasar en él la vida mas dulce y la mas tranquila, y no hubiésemos de gustar otra cosa que placeres, desde que es cierto que debemos bien presto dejar este mundo, ¿deberíamos nosotros aficionarnos y apegarnos á él? ¿Qué cosa es, pues, la que nos deslumbra los ojos, y nos impide ver una consecuencia tan inmediata de un principio cierto que nosotros confesamos? Mas supongamos que ni debamos temer la tierra, ni el mar, ni la peste, ni la hambre, ni el hierro, ni el fuego, ni el rayo, y que estemos seguros de escapar de todos los accidentes que han hecho perecer á tantos otros: aun en esta hipótesis, es certísimo que no evitaremos la muerte, y que nosotros moriremos... ¿Cómo? nosotros moriremos, ¿y con todo eso estamos aficionados y apegados á esta vida que debemos dejar?

Peticion y coloquio.

No permitais, ó Señor, que yo sea tan insensato: dirigid Vos mis miras hácia aquella vida inmortal que no se acabará jamás, y ha-

ced que desde ahora emplee cuanto me queda de vida terrena, solo para merecer la eterna. Amen...

MEDITACION CCLXI.

CONTINUACION DE LA PROFECÍA DE JESUCRISTO SOBRE LA RUINA DE JERUSALEN Y SOBRE EL ÚLTIMO JUICIO.

(Marc. xiii, 9-13; Luc. xxi, 42-19; Matth. xxiv, 9-14).

Jesucristo habla aquí de la persecucion contra los Apóstoles. Anuncia lo 1.º lo que tendrán que padecer; 2.º lo que tendrán que hacer; 3.º lo que tendrán que esperar.

PUNTO I.

Lo que los Apóstoles tendrán que padecer.

1.º *Por parte de las potestades...* «Pero antes de todo esto os pondrán encima las manos, y os perseguirán entregándoos á las sinagogas y á las prisiones, y os llevarán delante de los reyes y de los presidentes por mi nombre... Os remitirán á los consejos, y seréis azotados en las sinagogas... Os arrojarán en la tribulacion, y os harán morir, y seréis aborrecidos de todas las gentes... Y esto sucederá en testimonio...» Hé aquí, pues, cómo serán tratados los Apóstoles... Los perseguirán; lloverán sobre ellos tribulaciones de toda especie; pondrán las manos encima de sus personas; los llevarán delante de los tribunales, de los magistrados, de los reyes; en las sinagogas delante de los pueblos congregados les harán sufrir prisiones, azotes, todo género de suplicios, y la misma muerte... Hé aquí lo que han padecido los Apóstoles, los discípulos, los Mártires antes de la destruccion de Jerusalem por parte de los gentiles. Hé aquí el camino ensangrentado por el que ha llegado la fe hasta nosotros... ¡Ah! con cuánta razón estos Santos, estos ilustres confesores de Jesucristo merecen nuestra estima, nuestra veneracion, nuestro reconocimiento y nuestro amor! Pero estemos con atención, estas mismas persecuciones se renovarán antes de la destruccion del mundo. En el mundo no cesan jamás del todo; se renuevan con mayor fuerza en ciertos tiempos, en ciertos lugares, en ciertas circunstancias; deben, pues, los verdaderos cristianos estar siempre preparados á todo, y no temer nada cuando se trata de la fe.

2.º *Por parte de los parientes...* «Y entonces muchos padecerán escándalo, y se entregarán unos á otros, y se aborrecerán entre sí. Y se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán á mu-

«chos. Y por haber sobreabundado la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos... Y el hermano dará á la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se rebelarán los hijos contra los padres, y los harán morir... Y seréis entregados por los padres, por los hermanos, por los parientes y amigos, y á parte de vosotros harán morir... Y cuando os llevarán para ser entregados, no habeis de premeditar lo que habeis de hablar; sino lo que en aquella hora os será dado, eso diréis... Porque os daré á vosotros un hablar y una sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos...» Prediccion bien sorprendente y bien literalmente cumplida. El hermano dará á la muerte su hermano, y el padre su hijo; se sublevarán contra su padre y su madre los hijos, y los harán morir: vosotros «seréis entregados por vuestros padres, parientes y amigos; estos serán los primeros á entregaros, á denunciaros, á entregaros á los tormentos...» Á muchos hará caer la persecucion, se entregarán mutuamente y se aborrecerán, y como la persecucion que se levanta contra los verdaderos fieles no ataca á los falsos profetas, es para estos el tiempo mas favorable. Entonces justamente se dejará ver un mayor número, y engañarán mucha gente. Á la medida que crecerá la iniquidad, se acreditará el libertinaje, el engaño hará progresos, y se encenderá la persecucion, se resfriará la caridad de muchos, se disminuirá la liberalidad para con vosotros, se entibiará el afecto que os tenían, ya no se atreverán á hablar de vosotros, y bien presto no querrán ya tener con vosotros comercio alguno... ¿No es esta prediccion una historia en compendio de todas las persecuciones que ha padecido la Iglesia? Pues tambien lo será de todas las que padecerá hasta la fin del mundo... Si en el curso de nuestra vida debemos nosotros ser testigos de alguna persecucion mas ó menos violenta, consideremos qué personaje debemos representar en ella. No querrémos en verdad ser del número de los perseguidores ni de los engañadores; pero guardémonos de ser de los inconsiderados que se dejan engañar, ó de aquellos cuya caridad se resfria. Si somos del número de los perseguidos, tengámonos por dichosos y afortunados para poder participar de algun modo de la suerte de los Apóstoles, y démosle gracias al Señor por ello.

3.º *Por parte del público...* «Seréis aborrecidos de todas las naciones. Seréis odiados de todos por causa de mi nombre...» Odio injusto. ¿De qué, pues, tuvieron que reprender á los cristianos por el curso de tres siglos de persecucion en que fueron el objeto del

odio público? Seguian estos un culto cuya divinidad y verdad demostraban con los hechos. Mostraban á los judíos el cumplimiento de las profecías, á los gentiles la vanidad de los ídolos, á todos la gracia de la reconciliacion que Dios ofrecia por los méritos de su Hijo, que se habia hecho nuestro Salvador. Su conducta correspondia á su doctrina: hacian bien á todo el mundo, y no hacian mal á nadie... Odio fundado sobre la calumnia... Los perseguian como impíos y sacrilegos, homicidas é incendiarios, como si se alimentasen de carne humana, como si tuvieran comercio con el infierno y con los demonios, como si practicasen en sus secretas asambleas toda suerte de obscenidad, é intentasen solamente revolver el Estado y la Religion. Estos rumores llenos de impostura, de mentira y de calumnia, faltos de toda prueba, esparcidos con franqueza, pasando de boca en boca, no eran examinados de alguno, y venian creídos de todo el mundo... El peso del odio público es, sin duda, lo que se tiene mas presente en la persecucion... Se consuela uno, en una injusticia particular, cuando tiene la aprobacion ó la compasion del público; pero verse odiado de todo el mundo es la cosa mas dura que hay para la naturaleza. Alegrarse, pues, de ser odiado de todo el mundo por el nombre de Jesús es la cosa mas divina. ¡Dichosos aquellos que han llevado todo el peso de este odio general por el nombre de Jesús! ¡Felices aquellos que por su fortaleza, por su exactitud y por su constancia se han hecho participantes de tanta gloria! ¡Cuán digna de envidia es su suerte!

PUNTO II.

De lo que habrán de hacer los Apóstoles.

1.º *Predicar en todo lugar...* «Y es necesario que antes sea predicado el Evangelio... por toda la tierra, por testimonio á todas las gentes, y entonces vendrá la consumacion...» Esta palabra *consumacion* tiene aquí dos sentidos, y los dos se deben verificar. Por el primero, el Salvador responde á la pregunta y peticion de los Apóstoles... «Dínos cuál será la señal de la *consumacion* del siglo...» Y les muestra lo que debian hacer antes de la ruina del templo de Jerusalén... Por el segundo, nos descubre sus miras ulteriores y mas profundas, y muestra á su Iglesia lo que debe hacer antes de la ruina y destruccion del mundo entero. Los Apóstoles han satisfecho á su ministerio. Ya desde su tiempo nos asegura san Pablo ¹ que el Evangelio ha sido anunciado á todo el mundo; esto

¹ Rom. 1, 8; Colos. 1, 6, 23.

es, á todo el mundo conocido y tomado moralmente. San Pedro habia establecido su silla en la capital del mundo, habia gobernado esta Iglesia mas de veinte y cuatro años, y alli habia padecido el martirio con san Pablo, y habia ya tenido principio la cadena de sus sucesores que llega hasta nosotros. Todos los otros Apóstoles, exceptuado san Juan, que residia en Éfeso; despues de haber predicado por todos los lugares, habian sellado el Evangelio con su sangre, cuando Jerusalem fue destruida... Desde aquel tiempo la Iglesia no ha cesado jamás de predicar el Evangelio; los sucesores de los Apóstoles y sus discípulos lo anuncian todavía á las mas remotas naciones, y todas tendrán conocimiento pleno antes que el mundo acabe. Este Evangelio será á todas las naciones un testimonio de la bondad de Dios para con ellas, y de su fidelidad ó infidelidad para con Dios. Démosle, pues, gracias al Señor porque este Evangelio ha llegado hasta nosotros, y pensemos en el testimonio que él debe dar un dia de nosotros.

2.º *Sufrirlo todo con paciencia...* «Ganaréis vuestra alma por medio de vuestra paciencia...» Entre tantas persecuciones, contradicciones, traiciones, oprobios y suplicios como Jesucristo anuncia á sus Apóstoles, no les da otras armas que la paciencia. Con estas solas armas el Cristianismo ha triunfado de todo; con estas se ha establecido; con estas se mantiene, y con estas se extiende mas cada dia. ¡Ah! si supiésemos tambien nosotros vestirnos de esta arma invencible, triunfariamos de todo. ¡Oh en qué paz poseeríamos nuestra alma! ¡Qué progresos no haríamos en poco tiempo en la virtud! ¡Qué victorias no conseguiríamos si supiésemos manejar esta arma, aunque no empleásemos otras! Esta es la resolución que debemos sacar de aquí.

3.º *Perseverar hasta el fin...* «Y el que perseverará hasta el fin, este será salvo...» *Perseverancia necesaria...* Esta sola viene á ser coronada. Cualquiera bien que nosotros hayamos comenzado, cualquiera progreso que hayamos hecho, cualquiera grande acción que hayamos ejecutado, cualquiera mérito que hayamos adquirido, si no perseveramos hasta el fin, hasta la muerte, todo es inútil, todo está perdido. *Perseverancia difícil...* Todos los principios son bellos, todos emprenden las cosas con ardor. La novedad agrada, y mientras dura este breve placer somos animosos en trabajar; pero cesando el placer, la constancia es difícil, y lo es aun mas la perseverancia hasta el fin; esta es solamente efecto de una gracia particular que debemos pedir cada dia con fervor, y pidiéndola animarnos

á nosotros mismos, y sostenernos por medio de todos los motivos que nos sugiere la fe. *Perseverancia rara, de que son privados muchos...* Judas es un ejemplo terrible de esto. ¿Cuántos despues de haber padecido mucho por la fe la han abandonado de un golpe en el punto mismo de recibir la corona? ¿Cuántos despues de haber comenzado con una santa juventud han acabado por una vejez disoluta? ¿Cuántos despues de haberse dado á Dios y de haber abrazado la penitencia han vuelto á sus primeros desórdenes, y en ellos han perecido desgraciadamente? ¿Cuántos despues de haber dejado generosamente el mundo, y gustado por largo tiempo los placeres de Dios, han aflojado, se han cansado, se han disgustado, y finalmente han vuelto á entrar otra vez en el siglo, ó si no han podido volver á entrar en él, han dejado que el siglo vuelva á entrar en ellos; esto es, han seguido su espíritu, sus máximas y sus vicios, y han muerto cargados de las maldiciones fulminadas contra estos tales?... ¡Ah cuánto debo yo temer mi debilidad y mis continuas inconstancias! Cuanto mas nos acercamos al fin de la carrera, tanto mas grave nos es el peso, tantos mayores esfuerzos hace el demonio; por esto debemos orar mas, debemos velar, debemos animarnos á la vista de la corona, de la cual un momento mas nos puede poner en posesion.

PUNTO III.

De lo que los Apóstoles habrán de esperar.

1.º *En orden á la Religión...* ¡Ah! Señor, ¿qué será, pues, de vuestra Religión si llega á suceder cuanto aquí anunciais? Si todas las potestades se desencadenan contra vuestros discípulos; si los persiguen, si los atormentan, si los hacen morir; si todo el mundo los odia y los detesta; si á los tiranos se unen los engañadores; si entre estos los que habian ya comenzado á seguiros, los unos engañados, y los otros atemorizados os abandonan, ¿en qué parará vuestro reino? ¿Cómo se establecerá, se sostendrá y se extenderá?... «Y esto sucederá para vuestro testimonio...» dice Jesucristo; y este testimonio servirá para confundir á los unos y para ganarme los otros... «Cuando os llevarán á aprisionaros... Yo os daré á vosotros un hablar y una sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos... porque no sois vosotros los que habéis, sino el Espíritu Santo...» ¿No han acaecido exactamente por ventura las cosas como las predice aquí Jesucristo? Débiles é ig-

norantes pecadores, mujeres y niños, han confundido toda la sabiduría del siglo, y han vencido todos sus tormentos. Por el curso de tres siglos se derramaron arroyos de sangre cristiana, y hoy es cristiano el universo. Después de una prediccion semejante, y un semejante cumplimiento, no sabe ya qué cosa se desee el que nos pide aun demostraciones... Quanto á nosotros, adoremos, alabemos y bendigamos *al Señor*: llenémonos de regocijo, encendámonos de amor, y seamos reconocidos... Enseñadnos, ó Espíritu Santo, á alabaros, á defender vuestra causa, á confundir los errores del mundo y á vencer sus terrores.

2.º *En orden á los cuerpos...* ¿Qué vendrán á ser aquellos cuerpos despedazados del hierro, rasgados de los azotes, partidos en pedazos, á los que hicieron beber plomo derretido, que fueron extenuados del hambre, consumidos de la miseria, anegados en el agua, abrasados del fuego, cuyas cenizas fueron arrojadas al viento? Si... «esto sucederá... pero no perecerá un cabello de vuestra cabeza...» La potestad del hombre no se extiende siquiera á hacer perecer la mas mínima parte de materia. Todo queda en la mano de Dios; él sabrá bien hallarlo y convertirlo en gloria de aquellos que por su gloria lo habrán perdido... Quanto los cristianos han podido recoger de las reliquias de estos santos cuerpos es un don precioso para nosotros, y hace el justo objeto de nuestra veneracion; pero quando en el último dia estos santos cuerpos resucitarán con toda la gloria que Dios les destina, serán la admiracion del universo y el adorno del cielo. ¡Oh cruces afortunadas, afortunados sufrimientos, afortunadas maceraciones, afortunadas penitencias, que procurais una gloria tan ilustre y tan durable! ¡Ay de mí! ¿por qué no tengo yo valor para imitar á lo menos en cualquier parte ó en cualquier cosa la sabiduría de estos santos penitentes, que por falta de tiranos y de verdugos saben crucificarse á sí mismos, y llevar sobre su carne la mortificacion de Jesucristo? Dentro de poco no tendré yo cuerpo, ¿y lo dejaré ir sin sacar de él aquel provecho que me puede procurar? Lo he hecho servir á la iniquidad y al pecado. ¿Lo dejaré caer sin haberle hecho servir á la justicia? Puede ser para mí un manantial de gloria y de mérito; ¿y esperaré á reconocerlo quando ya no esté en estado de poder aprovecharme de él?

3.º *En orden á las almas...* «Ganaréis vuestras almas...» Hé aquí lo que no podrá quitarles el mundo... Ya de mil setecientos y mas años los Apóstoles, y los otros á proporcion del tiempo en que mu-

¹ II Cor. iv, 10; Rom. vi, 13, 19.

rieron, poseen sus almas en el seno de Dios, mientras que las almas de los pecadores están poseídas de los demonios entre las llamas... «El que perseverará será salvo...» Serán salvos de todos los peligros, de todas las miserias de esta vida, y gozarán las delicias del cielo. Serán salvos en cuerpo y en alma en el último dia y para siempre... ¡Oh salud eterna! ¿cómo hace tan poca impresion sobre nosotros este pensamiento? ¡Ah! ¿qué cosa puede haber mas apreciable para nosotros ni mas importante en comparacion de nuestra salud? ¿Y en qué vendrán á parar en aquel último dia los perseguidores, los engañadores, los viles, los apóstatas y los pecadores? Serán para siempre perdidos, cuerpos y almas.

Peticion y coloquio.

Ó alma mia, ó cuerpo mio, es necesario salvarnos, y sea al precio que se fuere. Sí, ó Dios mio, lo quiero, quiero salvarme. Ayúdame, ó Señor, haced sincero, constante y eficaz el deseo que tengo de salvarme... Amen.

MEDITACION CCLXII.

CONTINUACION DE LA PROFECÍA DE JESUCRISTO SOBRE LA RUINA DE JERUSALEN Y SOBRE EL JUICIO FINAL.

(Luc. xxi, 20-24; Matth. xxiv, 15-28; Marc. xiii, 14-23).

DE LOS ÚLTIMOS MALES QUE DEBEN SUCEDER.

El Salvador anuncia aquí tres suertes de males, que harán los tres puntos de esta meditacion; esto es: la abominacion, la tribulacion, la seduccion. Predice estos males para el tiempo de la destruccion de Jerusalem, para el tiempo de la destruccion del universo, y con cualquier proporcion, para todos los tiempos intermedios. Á estos tres males el Salvador opone tres remedios: á la abominacion, la huida; á la tribulacion, la esperanza; y á la seduccion, la observancia de las reglas que él mismo nos prescribe.

PUNTO I.

En el tiempo de la abominacion conviene huir.

1.º *De la abominacion...* «Quando viéreis, pues, á Jerusalem rodeada de ejército, entonces sabed que su desolacion está cerca... «Quando veréis, pues, la abominacion de la desolacion predicha «por el profeta Daniel¹ puesta en el lugar santo... puesta donde no «debe... el que lee entienda...» Estas últimas palabras parece que aluden á las del Angel hablando á Daniel²: «He venido para ense-

¹ Dan. ix, 27. — ² Ibid. 22.